

unidos por miedo á los judíos, cerradas las puertas, se apareció Jesucristo, y puesto de pié en medio de ellos, les dijo: la paz sea con vosotros.» (1) Así, Señores, en medio de una sociedad dominada por las pasiones mas degradantes, y que tenia cerradas sus puertas á la verdad y á la virtud, aparece Jesucristo, aparece el Evangelio repentinamente, y levantando su noble figura en medio de ella, dice con amor: «La paz sea con vosotros;» la paz, no como la del mundo, sino como la de Dios, como la de Jesus (2), la verdadera paz, la virtud, el orden, la felicidad. Luego, dirigiéndose al incrédulo Tomás, le dice: «Pon tu dedo en mis llagas, y tu mano en mi corazon, y no seas más incrédulo, sino fiel.» (3) Lo mismo dice á la sociedad: pon tu mano en mi corazon, toca mis manos, las obras de mi amor, las pruebas de mis beneficios, y sé fiel: cree en mí y te salvarás. El Apóstol reconocido exclama: «Señor mio y Dios mio, Vos sois mi Señor y mi Dios.» (4) Dichosa la sociedad si tambien dice esto á Jesucristo. ¿Lo ha hecho, hermanos míos? Ayer os dije que dejaba para hoy hablaros de la doctrina social de Jesucristo, que da la paz, de los innumerables beneficios que le debe la sociedad, y que Jesucristo quiere que toquemos y examinemos cada día, y del estado actual del Catolicismo en la misma sociedad, ó sea del aprecio que hace de esa manifestacion del amor y del poder de Jesucristo. Entremos en materia.

(1) Joann. XX, 19.

(2) Id. XIV, 27.

(3) Id. XX, 27.

(4) Id. id., 28.

PRIMERA PARTE.

El término á que aspira siempre la humanidad, es la felicidad, y la felicidad os he dicho repetidas veces, hermanos míos, tiene por base la paz y el orden; el orden reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo; la armonía se funda en la gradacion. La felicidad, pues, para la sociedad, lo mismo que para el individuo, como os decia ayer, es la tranquilidad del orden, cuya esencia es la unidad, porque el fin y el objeto del orden es unir, y la sociedad misma en su acepcion más general no es otra cosa que la reunion de seres semejantes. Para esta unidad es necesario que cada parte esté ordenada con relacion al todo; es decir, que haya gradacion, porque no hay orden social sin gerarquía social, sin superior y súbditos, sin derecho de mandar y obligacion de obedecer (1).

Cuando Jesucristo, que vino al mundo para restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2), pacificándolas con su sangre (3), decia con tanta frecuencia á sus discípulos: «La paz sea con vosotros (4),» os doy la paz, no como la da el mundo, que no puede establecerla en el corazon, sino como la doy yo, esto es, como Dios (5), y mandaba á sus Apóstoles que en su predicacion prin-

(1) *Balmes*, Filosofía elemental, Etica, cap. 17.

(2) Ephes. I, 10.

(3) Coloss. I, 20.

(4) Luc. XXIV, 36.—Joann. XX, 19, 21.

(5) Joann. XIV, 27.

ciplasen siempre con esas palabras (1), quiso indudablemente darnos á entender que se proponia restablecer el conjunto de relaciones que se derivan de la naturaleza misma de los séres, y que el pecado habia alterado, para que de este modo apareciese el órden en todas partes, y con él la paz y la felicidad, que son su consecuencia.

¡Admirable designio, Señores! ¡Obra digna de Dios! ¿La ha realizado Jesucristo? No es posible dudarlo, viendo el cambio obrado en el mundo, y la transformacion completa de la sociedad, desde que su doctrina se difundió por el universo. Ayer vimos ese cambio. Examinemos ahora la doctrina que le produjo.

El estado natural del hombre es la sociedad. Las leyes que rijen en la generacion, desarrollo y perfeccionamiento del hombre físico, y las que presiden al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales y morales, son un argumento irrecusable de que Dios le ha criado para vivir en sociedad. Esto significa diversidad de séres racionales unidos, formando un solo sér moral, como miembros de un mismo cuerpo, para comunicarse sus bienes, remediar sus males, multiplicar sus fuerzas, y elevarse á la grandeza. Ninguna sociedad, por pequeña que sea, puede conservarse ordenada sin una autoridad que la rija: donde hay reunion, es preciso que haya una ley de unidad; de lo contrario, es inevitable el desórden. Las fuerzas individuales, entregadas á sí solas, sin esta ley de unidad, ó producen dispersion, ó acarrear choque y anarquía (2). La sociedad, segun ello, consiste en la reunion de hombres solidariamente unidos por los mismos derechos y obligaciones, bajo la direccion de un

(1) Luc. X, 5.

(2) *Balmes*, Filosofia elemental, Etica.

gobierno: consiste principal y esencialmente en la comunicacion mútua de bienes y males, en la mancomunidad de derechos y deberes para la consecucion de la felicidad posible en el órden humano. No tanto la constituye por lo mismo la reunion de los cuerpos, cuanto la union de espíritus y de voluntades. Es un cuerpo moral de que son miembros, distintos en su posicion y en sus funciones, los que la componen; pero que está animado de un solo espíritu. Lo mismo la familia, sociedad compuesta de individuos, que las naciones, sociedad compuesta de familias, entrañan la idea de pluralidad ó variedad y de unidad; pluralidad por la vida individual, propia y distinta; unidad por un principio de vida comun. Este principio nace de la unidad de origen y de objeto, lo constituye la unidad de ideas fundamentales, de sentimientos que de ellas nacen, y de acciones, expresion de unas y de otros. Cuando todo esto existe, la sociedad es perfecta; vive y se desarrolla en el órden, en la paz, en la felicidad.

Dios, hermanos míos, que es el autor de la sociedad, como de todo lo que es natural al hombre, no puede menos de haberle dado un modelo, y de haberle fijado una ley, estableciendo un principio que explique las relaciones de los miembros de este gran cuerpo, y forme el lazo de su perfecta union. Dios lo ha hecho; y así como en la creacion se dió á sí mismo por ejemplar y modelo del hombre criado á su imágen y semejanza, y porque este apartó la vista del modelo y se olvidó de él, se lo presentó de nuevo, y de un modo mas asequible, en la Redencion; así tambien en la creacion y en la redencion se ha dado á sí mismo por ejemplar de la sociedad de los hombres, para que individual y socialmente sean la imágen de Dios, sean los hijos de Dios. El Catolicismo, que, como vimos en los discursos anteriores, presenta al

hombre el modelo del individuo y la doctrina que le eleva á la altura de la union con él, lo presenta tambien á la sociedad, y le dice como Dios á Moisés: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est* (1), le enseña á vivir segun ese modelo, diciendo como Jesucristo: «Aprended de mí, y encontrareis pan para vuestras almas.» (2) Examinemos ese modelo y esa doctrina.

El hombre es la imágen del Infinito: la sociedad de los hombres ha de ser la imágen de la sociedad del Infinito, de Dios. Dios es unidad y Trinidad, y en su Trinidad es la sociedad esencial y eterna, ejemplar de toda sociedad accidental y creada, que aspire á la perfeccion y á la felicidad. Su constitutivo es la unidad: son tres personas realmente distintas, y no hay más que una naturaleza, forman un solo sér, tienen una misma vida, son un solo Dios. El lazo que las une es el amor, la caridad, porque Dios es caridad (3). ¿Quién sino ella, dice San Bernardo, conserva esa suma é inefable unidad en la suma y bienaventurada Trinidad? La ley del Señor es la caridad, que mantiene en unidad á la Trinidad, y como que la estrecha con vínculo de paz (4). Hé aquí el modelo eterno. El mismo que habia dicho: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (5),» y lo hizo, dijo tambien: «No es bueno al hombre estar solo: hagámosle ayuda semejante á él (6),» y formó á la mujer

(1) Exod. XXV, 40.

(2) Matth. XI, 29.

(3) I Joann. IV, 16.

(4) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate summam et ineffabilem illam conservat unitatem nisi charitas? Lex est ergo, et lex Domini charitas, quæ Trinitatem in unitate quodammodo cohibet, et colligat in vinculo pacis.* (S. Bernard., Epist. 11 ad Guicon.)

(5) Gen. I, 26.

(6) Id. II, 18.

de la sustancia misma del hombre, sacándola de su costado, y como de su corazon, para que fuese una misma su vida, y dijo: «Serán dos en una carne (1),» serán dos personas en unidad de naturaleza. Él mismo dijo tambien: «Creced y multiplicaos (2),» y de este modo, el hijo engendrado de vuestra sustancia, sea el complemento de vosotros mismos, siendo uno mismo con vosotros en la naturaleza. El lazo que los une es el amor, que por ello, dice Santo Tomás, forma Dios á la mujer, no de los piés, ni de la cabeza del hombre, para enseñarle que no es esclava ni señora, sino del costado, de junto al corazon (3), que es la fuente del amor; y por ello tambien quiere que el amor presida á la difusion de sí mismos en el nuevo sér que de ellos nace: este nuevo sér se llama fruto del amor.

Siendo así, Señores, se comprende fácilmente lo que debiera haber sido siempre la sociedad doméstica, y la sociedad civil ó política, que es la extension de aquella; pero desordenado el hombre en su naturaleza, desordenado en sus relaciones con Dios, y dejando de vivir á imágen de su Criador, se desordenó tambien en sus relaciones sociales, y la sociedad perdió de vista su eterno modelo, perdió la idea de sí misma, desconoció el principio de su vida, el lazo de su union, y le sustituyó con el principio de accion que el desórden del pecado engendró en el corazon del hombre: el egoismo, la fuerza, la dominacion. Desde entonces la mujer dejó de ser para el hombre una compañera, una como expansion de su corazon, y el hijo una dilatacion de sí mismo. La primera fué mirada como un instrumento de placer, como una esclava, y

(1) Gen. II, 24.

(2) Id. I, 28.

(3) S. Thom., 1. p., q. 32, art. 3.